

**Las religiones de la China.—La revelación por la escritura**

La civilización de los bracmanes, que lleva el genio del extremo Oriente á los últimos límites del ideal, tiene cerca de sí como contrapeso la civilización de los mandarines, que la ata y encadena á un puro realismo; de donde parece que el espiritualismo y el materialismo, repartidos por partes iguales entre la India y la China, mantienen entre sí perfecto equilibrio. Suspendida la balanza del Alta Asia entre esos dos mundos, queda perfectamente inmóvil.

El imperio del Centro tiene, como la India, sus libros sagrados, *tan inmutables como las estrellas fijas*; pero la revelación se manifiesta aquí en una forma extraordinaria, que indica desde luego que este pueblo debe vivir sin relación con el género humano. Mientras los profetas del resto del Asia espían desde la cima de los montes la primera aurora, Fo-hi, el revelador de los chinos, nace de una virgen que lo ha concebido caminando solitariamente sobre las huellas de Dios; su aureola es el

arco iris; desciende á las tierras bajas, primero á las orillas del río Amarillo. Allí encuentra, pegada al cieno del caos, una tortuga monstruosa, cuya concha, color de cielo, lleva los caracteres misteriosos impresos desde el principio del mundo por la Eterna Sabiduría. Esta tortuga inmóvil es el emblema del imperio del porvenir; los signos, los jeroglíficos vivos, son las tablas de la ley del pueblo chino, su decálogo escrito por la mano del Creador sobre el vestido de la primera criatura. El primer legislador compara con estas figuras las formas generales del universo, las grandes líneas trazadas en el libro de los cielos por las series de estrellas, en la tierra por las sinuosidades de los ríos y las asperezas de los montes, y según este modelo traza los primeros rudimentos de las letras. Esta concepción gigantesca de la escritura, formada á imagen y semejanza de la creación; este milagro de un arte que participa de la magia por su misma índole, pasó á ser el fundamento de la sociedad, puesto que es el prodigio que esa sociedad admira, despreciando todos los demás. El dios, en una palabra, que se revela á los indios por la luz; á los persas, por la luz y por la palabra; á los griegos, por la lira, revélase á los chinos por el prodigio de la escritura.

Sus trazos divinos se reducen en sus elementos á dos líneas, imágenes de los dos principios que constituyen el mundo. La primera, continua, — es la imagen del cielo, de la luz, de la eternidad,

de la afirmación, de lo infinito; la segunda, cortada, interrumpida, — — es la imagen de la tierra, del tiempo, de la contradicción, de las tinieblas, de lo finito, y de la combinación de estas dos líneas, como de la combinación del cielo y de la tierra, de la sombra y de la luz, nacen todos los demás signos, de los cuales los principales designan el agua sin límites, el éter, el viento, el fuego, la montaña, el trueno. Así el cielo y la tierra, el infinito y lo finito, figurados por líneas, vienen á ser el A, B, C del primer hombre, á quien ordinariamente se nos pinta ocupado en la invención de la escritura, representando los objetos más ínfimos, según que el azar se los va presentando, siendo realmente lo primero que trata de pintar lo inconmensurable. Dios conduce su mano, impidiéndole extraviarse sobre la página aun en blanco, y desde la primera lección que del institutor supremo recibe, copia ya el recién nacido la línea del firmamento y toma al universo todo por modelo de su alfabeto. Estas letras maravillosas, trazadas en presencia del maestro, son los tipos de una infinidad de relaciones, de verdades, que la meditación descubre, porque esta tabla revelada debe permanecer presente siempre en el pensamiento del sabio y servirle de texto. Cada signo es una parábola visible, que manifiesta su más profundo sentido á los que con recogimiento lo contemplan, y todos estos tipos reunidos constituyen la representación, el génesis figurado de cuantos hechos se producen en el orden físico y

espiritual: herencia de la sabiduría increada, sentencias y proverbios de los patriarcas, política del caos grabada en caracteres antediluvianos, substancia, en fin, del *Y-kinh*, el primer libro religioso, del que todos los demás emanan, que contiene el principio de las cosas visibles é invisibles. Aplicándose incesantemente los pueblos á comentar estas tablas del Dios, sacan de edad en edad nuevas significaciones, y la línea trazada por el Eterno es interpretada á través de las generaciones, primero por el rey de los patriarcas, después por los emperadores y doctores, hasta que, por fin, el doctor supremo, Confucio, viene á acabar por la filosofía los esfuerzos acumulados de la tradición. El fin del legislador consiste en construir todo el orden civil según el plan de esta geometría revelada, tanto más cuanto que los mismos signos son, como los números de Pitágoras, los arquetipos del mundo físico y del mundo inteligible, lo cual muestra que aquella sociedad ya se había elevado instintivamente en las lenguas hasta la idea de la unidad en el universo. Tal carácter, que representa el cielo descansando sobre el mar conmovido, significa al mismo tiempo la imagen del hombre valeroso que debe descansar sin conmoverse sobre las ruinas. La conjunción de las dos líneas, que figuran la armonía de la tierra y de las aguas, equivale á la imagen de la buena política, que está fundada en la unión de los dos imperios. La separación de la línea del cielo y la del lago indica, al contrario,

cuál debe ser la clasificación gradual en una sociedad bien ordenada, al paso que el signo del fuego en la cima del cielo representa á la vez una de las leyes de la Naturaleza y símbolo ofrecido, como ejemplo digno de imitarse, al príncipe que, con el brillo de sus virtudes, debe llenar todo el universo. Por donde se ve que la conciencia, según el espíritu de esta institución, es un libro interior, y el chino debe tener por regla la imitación del signo revelado, como el cristiano la imitación de la cruz. Sociedad y religión fundadas, no en la idolatría de la Naturaleza, sino en la superstición de la letra, porque no debemos olvidar que cada una de estas letras tiene una virtud y genio propios, siendo la una, por la disposición graduada de los trazos, imagen de la modestia; la otra, por la rigidez de las formas, símbolo de la perseverancia. Las artes de la industria han nacido igualmente de la imitación de las figuras sagradas, como la trama de la tela ó la malla de los hilos, por ejemplo, que fueron inventadas según el modelo del carácter *li*. Y no sólo se halla figurada en esta revelación geométrica toda la ciencia actual, sino que, combinando asimismo unos con otros estos emblemas según todas las permutaciones posibles, descubre el sabio la ciencia de todos los futuros contingentes. El profeta del río Amarillo es un nigromántico que lee el porvenir de los mundos en las líneas que por dondequiera se le ofrecen, ya en las fibras de las plantas sagradas, ó en las huellas de las aves, ó en

el lodo de las riberas, dado que el universo entero, mares, lagos, nubes y montañas, no es para él otra cosa que el gran libro de los destinos ingeniosamente escrito y pintado por el eterno escritor.

De esta extraña concepción de la revelación se desprende que la creación de la escritura cautivó mucho más al pueblo chino que el mismo génesis del mundo físico, y una vez admitida esta idea, si la figura de las letras ha sido, en efecto, señalada por el mismo Dios, cada rudimento tiene en sí autoridad absoluta, y entonces la sociedad entera no puede ni debe ser en sus ritos, códigos, ceremonias y combinaciones, más que la traducción ó aplicación viva de esa geometría eterna. Tal es el principio sobre el que se funda ese extraño Estado que parece colocado fuera de las leyes de la humanidad, pero que se explica por sí mismo, comparándolo con el dogma que lo creó. Lo que las cuerdas de la lira de Orfeo serán para los griegos, lo son para los chinos los caracteres de la escritura. Añadid una cuerda á la lira ó una letra al alfabeto, y tendréis una revolución en las creencias y en el Estado. Ahora bien; si la fuente primitiva de la autoridad vive latente en los repliegues de la escritura, el signo de la elección divina ha de manifestarse forzosamente por la mayor profundidad en comprender y explicar los misterios de los himnos; por virtud de este principio se forma en seguida una sociedad de escribas y letrados, donde la jerarquía civil se regula por el grado que cada uno

puede alcanzar en la interpretación de los tipos revelados, lo cual supone y engendra un gobierno fundado, no en la teocracia ni en la nobleza de la sangre, ni en los derechos de la propiedad ó de la riqueza, ni en la soberanía de la multitud, sino en la inteligencia tan sólo de la letra de los libros canónicos. La desigualdad de condiciones nace de la desigualdad de luces adquiridas; el poder político se mide por la ciencia, y he aquí un pueblo de eruditos que, de examen en examen, se distribuye en bachilleres, licenciados y doctores, como otros se dividen en proletarios, plebeyos y patricios. De aquí el que una de las recompensas prometidas por el cielo á los hombres virtuosos es la seguridad de que sus descendientes obtendrán el grado de doctores hasta la tercera generación; de aquí el respeto á todo carácter escrito en una sociedad que parece ocupada tan sólo en escribir, llegando á pensar algunos que el alma de los muertos sobrevive en sus escritos. El sabio escribe por la tarde el resumen de sus buenas acciones, y lo quema en su hogar para que llegue más seguramente á conocimiento de los cielos; el mártir escribe al morir con su misma sangre; los espíritus y los genios escriben eternamente, desde las alturas del éter, la crónica de los mundos. En la tierra el monarca escribe el prefacio de las obras principales, cuya tipografía corrigen los príncipes, y un escriba no se separa noche y día del soberano para apuntar cada una de sus acciones y palabras, porque

por una nueva consecuencia de la institución primitiva, la historia es, no una obra individual, sino una verdadera magistratura nacional, y los anales por excelencia se llaman *cuadrigas*, como si llevaran consigo toda la vida del imperio. Añadamos que la verdadera originalidad de la filosofía china consiste en la manera ingeniosa con que ha sabido subordinar á las formas geométricas de la revelación los movimientos más libres de la conciencia humana, de modo que así como Malebranche acomodaba su filosofía á los versículos del Evangelio, Confucio calcó la suya sobre las figuras de los caracteres sagrados.

Con todo esto es fácil concebir que la Naturaleza, en un pueblo en que la representación del universo cautiva más los espíritus que el universo mismo, había de descender á un rango secundario, siendo más bien que adorada, observada: el templo se transforma en observatorio. El hombre pone su obra en el lugar de la de Dios, y se aparta del universo, y no pudiendo penetrar en el arte, se extravía en el artificio. Aquella fuente de pensamientos religiosos, alimentada en la India por el espectáculo de la Naturaleza y la necesidad de resistirla, ciérrase forzosamente para la China, pueblo infante que, doblando prematuramente la cabeza ante la página en que deletrea el alfabeto soberano, llega á olvidar la bóveda celeste y aun el resto del género humano. Agotada súbitamente la vida y falta de un lazo con lo infinito que la

renueve, esta sociedad, fundada en el régimen de la familia patriarcal petrificada y estereotipada en cierto modo, es la más joven y la más vieja á la vez que podemos figurarnos: imagen de esos mamíferos antediluvianos cuya forma ha eternizado la Naturaleza en el momento en que les arrancaba la vida.

El rasgo distintivo de este pueblo en la historia consiste en haber representado desde la cuna el deísmo, ó mejor dicho, el racionalismo del Oriente. Su Dios, sin figura, sin voz, gran emperador de la nada, es el cielo supremo, mansión del vacío, pero de un vacío sin profundidad, sin amor, sin odio. Tiene unidad; pero si es cierto que esto basta según los principios antes sentados para producir como consecuencia la igualdad originaria de todos los hombres, y el chino, en efecto, no tiene castas, ni esclavitud, exceptuando el extranjero, ni hasta cierto punto poligamia en la familia, en cambio este Dios no tiene vida, ni personalidad, ni alma. En medio de tantos discursos, advertencias, consejos, como los libros canónicos ponen en boca de reyes, ministros y sabios, nunca él habla, ni obra, ni aparece; sin preferencia, sin inclinación por nadie, su imparcialidad es la de la muerte. Nada hay tan parecido al culto de los enciclopedistas, ó más bien, á la fiesta del Ser Supremo inaugurada por un pueblo erudito al salir del caos, como este cielo augusto, impasible, insondable, cuya comunicación con la tierra interrumpen los emperado-

res siempre que quieren; lugar común, ficción política colocada á la cabeza de la constitución social. Si queréis medir lo que puede hacer la tierra sin el cielo, la vida sin la inmortalidad, el hombre sin Dios, estudiad la China. Este Dios, tan extenuado desde su origen, no da materia para ninguna reforma, ni siquiera para la herejía: lo que era en el principio lo es al fin de los tiempos. Incapaz de progreso ni de decadencia, explica la sorprendente contradicción que se advierte en la historia de esta civilización, fecunda como ninguna en cambios de gobierno, pero estéril en esos cambios que producen en otras partes la creencia y la duda, porque la religión nunca se altera ni renueva, porque el mundo nunca pasa del escepticismo á la fe, y ambos se extinguen en una eterna indiferencia. Propiamente hablando, el corazón del Estado nunca se ha conmovido; sobre un Dios petrificado se ha modelado una sociedad petrificada. Con rapidez desusada vemos sucederse las familias reinantes, volcándose unas sobre otras hasta veintidós dinastías, sin que tales cambios en las personas influyan lo más mínimo en las cosas, condiciones ó costumbres.

Diríase que estas revoluciones, que se agitan sin ideas en la superficie de las cosas, se realizan en la nada, y como consecuencia de estas reflexiones se llega al extraño, pero incontestable resultado de que el pueblo que más frecuentemente ha cambiado de gobierno y de señores es el que

ha quedado más inmutable en su constitución primitiva.

¿Quién duda que si en el Occidente el principio religioso se extenuase por sí mismo veríamos á los pueblos agitarse, no indiferentemente, sino convulsivamente, en la desesperación, elevando y destruyendo príncipes, cambiando, renovando con cualquier pretexto el nombre de sus jefes, las formas de la autoridad, sin acertar á imprimir el menor movimiento, ninguna mejora eficaz al principio social, rueda de Ixión condenada á girar eternamente en el vacío?

Esto sentado, puesto que los cambios de dinastías no provienen de ningún cambio de principios, era natural que los chinos procurasen explicárselos por la magia, que en un pueblo infante no es más que la deificación del capricho. Cada dinastía reina por el poder de un elemento; unas por la virtud del fuego, otras por la del agua, la madera, la tierra ó el metal, y las revoluciones de estos elementos señalan las épocas de la Naturaleza y de la humanidad. Los gobiernos se elevan y se desploman según los augurios de la tortuga. Los adivinos calculan el horóscopo del imperio por las constelaciones del cielo ó por las fibras de los simples de la tierra, por aquel presentimiento de que la historia civil obedece á la misma ley que los globos celestes y la brizna de hierba; de este modo su filosofía de la historia es una gran nigromancia, en la que dinastías, emperadores, generaciones, pueblos, todo está

oficialmente exorcisado por el libro canónico de los destinos.

Por lo demás, la sociedad china ha cuidado de retratarse en un monumento más extraño que cuantos acabamos de citar. Más de seis siglos antes de la era cristiana dispusieron los emperadores que en todos sus dominios fuesen recogidos, á la manera de tributo, los cantos populares, con el objeto de aprehender al vivo el pensamiento del imperio en los labios de los hombres, antes que fuese modificado por la reflexión ó el arte. Sin duda en estos cantos sorprendidos en boca de los soldados, de los labradores, de los mercenarios, se encontrarán con toda ingenuidad las creencias nativas que faltan en las clases de los letrados, porque si se exceptúa alguna que otra frase dirigida casi furtivamente al espíritu ó genio que representa el patrono de la familia, se observa, no sin admiración, que el deísmo es en la China tan popular como la mitología del panteísmo en la antigüedad oriental. En vez del cielo poblado del Himalaya, figúrese, en la imaginación del pueblo, un cielo desolado por el viento de las estepas de la Mongolia; algún que otro genio inferior sostenido ó degradado por el emperador, que á voluntad los evoca ó destituye; unos cuantos grupos de djinns que se reúnen para partir en el momento en que caen las dinastías; tal cual exclamación al cielo azul, *cæli cærulei*, en instantes de melancolía y desaliento, muy pronto reprimida por una reflexión escéptica; una oración al vacío; el

afán de encontrar la flor del olvido, buscando elementos simples para el encantamiento de la tortuga; por otra parte, en medio de los más íntimos sentimientos, la ausencia de toda esperanza, de todo vestigio de un Dios que vea y sondee los corazones. El que sufre, quédase solitario, sin que jamás se reúnan en un centro común estos cantos de tristeza, que se elevan de la muchedumbre de individuos de todas condiciones, desde el mendigo hasta el emperador. «Yo soy como la morera despojada de sus ramas, yo sufro; pero ¿quién se inquieta? ¿quién lo sabe?» *¿Quis novit?* Semejante confesión de la soledad interior se reproduce en todas formas, y bien puede decirse que ninguna poesía atestigüa como esta el aislamiento de la criatura privada de Dios. Parece sentirse cómo el hombre, demasiado encadenado á la tierra, se esfuerza por elevarse á los cielos. El artesano en su trabajo, el soldado en su torre, el eunuco en su palacio, el obrero al pie de la gran muralla, el labrador sembrando maíz, todos envidian á la cigüeña, á la grulla, á las bandas de ocas salvajes, que cruzan libremente el éter. «He aquí á los cuervos de las montañas, que hienden el aire con sus alas inmóviles; parece que descansan volando, y yo, yo soy roído por los cuidados. ¿Qué he hecho yo contra el cielo? ¿Qué crimen he cometido?» Así el hombre, cautivo de la sociedad, lanza aquí y allá su grito de angustia en medio del imperio, como el ave hambrienta que cruza el desierto de

Cobi; pero este grito, no encontrando eco en el cielo ni en la tierra, expira en sus labios sin elevarse hasta la plegaria, sin descender hasta la blasfemia. Otras veces es la voz de un desgraciado que se eleva, como un gemido fúnebre, no se sabe de dónde, contra un emperador ó una dinastía condenada, y esta voz que interroga á los cielos no tiene jamás respuesta. *Cælum augustum, ¡quantus est splendor tous! ¡ecquid te nostri non capit miseratio!* Imagínense, si es posible, los salmos hebreos sin Jehová: quedaría en la desgracia un gemido, un sollozo; en la alegría una exclamación, un suspiro. Este es también el último esfuerzo de la poesía china que, privada de alas sagradas, cae al suelo así que intenta elevarse. El hombre llama; Dios calla; el silencio es eterno.

Conformidad, complicidad de la religión, la poesía y la filosofía, en el temor de traspasar la medianía en el ideal, el justo medio en lo infinito. Estos cantos de la muchedumbre, comentados por Confucio, forman parte de los libros litúrgicos, donde el instinto del artesano y la reflexión del pensador se ven maravillosamente acordados para dejar á Dios el menor espacio posible en los sentimientos, ideas y empresas del hombre. El Chi King es el ritual de un pueblo de espíritus fuertes.

Cuanto mayor era el vacío en la revelación de los chinos, menos podría evitarse que las creencias de pueblos extranjeros afluyesen allí tarde ó temprano. El culto de la razón provocaba por reacción

natural el misticismo, y el hombre, sediento de fe, no podía menos de llamar en su auxilio las más exaltadas doctrinas que en torno suyo se agitaban. Lao Tseu, por una parte, propaga á orillas del río Amarillo las teorías ascéticas del Ganges, y transformándose insensiblemente la filosofía en leyenda, el doctor, infante encarnado en el seno de la virgen azul, pasa á ser el Cristo del extremo Oriente; el budismo, por otra, expulsado por los brahmanes, encuentra refugio en la indiferencia de la China en materia de religión. Ninguno de estos cultos, sin embargo, dió á la sociedad china la forma que le es propia, pues cuando aparecieron, ya el Estado se hallaba para siempre modelado sobre el dogma de los letrados. El racionalismo, he aquí la religión oficial; la fe positiva, he aquí la herejía, y donde había un espíritu firme, allí estaba el pontífice.

Llegados á este punto, es ya fácil resolver todas las demás cuestiones que acerca de este pueblo se ofrecen. ¿Por qué los chinos han vivido aislados del resto de los pueblos? Porque no es la gran muralla la que les separa del mundo, sino la organización de su sociedad fuera de Dios, esto es, fuera de la alianza del género humano. Privados de una religión positiva, carecían del órgano esencial que puede ligar con un lazo espiritual á los pueblos entre sí, y era natural que fuesen los últimos á entrar en la gran comunión del mundo social. Todas las civilizaciones han comenzado á pene-

trarse y unirse por el cambio mutuo de sus creencias; cuanto más llena de Dios ha estado una sociedad, más ha servido de alimento á las demás; pero si suponemos un pueblo en el que la religión esté reducida á una sombra, tampoco será más que sombra el parentesco, la solidaridad, la asociación entre este Estado y la familia universal, y si llegásemos á admitir una sociedad visiblemente atea, pronto veríamos que sería absolutamente imposible hacerla entrar en comunión con las demás. El Asia, en sus dos extremidades, tiene por satélites la Judea y la China, dos pueblos igualmente aislados, ó mejor dicho, salidos fuera de la órbita del género humano. Pero bajo estas analogías aparentes, ¡cuántas diferencias efectivas! La sociedad de los hebreos está llena de Jehová, Dios de vida, que desde las cumbres del Líbano abraza las riberas del mundo habitado: Grecia, Italia, las Galias, España, que un día han de confundirse en la alianza de Abraham. Al contrario, el estéril Chang-ti de la China, vuelta la espalda al porvenir, contempla los mares estériles de la Oceanía, é impotente para asociar nada, apenas ve surgir á lo lejos, de en medio de las olas, algunas islas esparcidas, como la concha de la tortuga marina sobre la cual inscribe sus enigmas.

Perdida así en la extremidad del universo, un día se descubre más allá del Océano una sociedad cuyo principio es la igualdad de todos sus miembros, con la única preeminencia del saber y la sola



aristocracia del mérito personal. Todo en ella está exactamente medido, calculado y pesado según las leyes de la Naturaleza humana, y el buen sentido es su único idolo. Pero en el momento mismo en que la admiración del Occidente iba á estallar para sus antípodas bajo la fe de tales maravillas, examinado más de cerca el fenómeno, se halla que aquella obra maestra no puede moverse, ni respirar, ni vivir, que aquel exceso de sabiduría sirve sólo para crear un sublime autómata. ¿Cómo esto? Porque el hombre está privado de un ideal superior á sí mismo. La sociedad hebraica ha gravitado hacia Jehová; la sociedad griega hacia Júpiter; el mundo cristiano hacia Cristo, y este esfuerzo de la tierra hacia el cielo es precisamente el que encierra todo el secreto de la vida social. Pero el hombre en la sociedad china, teniendo sólo por fin el hombre mismo, encuentra su fin en su punto de partida, y queda ahogado en los límites de la humanidad. Por demasiado cómoda, hace la virtud imposible; no hallándose hecho para los términos medios, tiende cada vez á descender más; pierde la tierra, al renunciar al cielo; se queda en el vacío, al negar la vida absoluta. En esta sociedad enana todo se halla truncado. Á la moral le falta heroísmo; al rey, la musa regia; á los versos, la poesía; á la filosofía, la metafísica; á la vida, la inmortalidad, porque Dios no está en la cumbre del todo. Se carece del peligro, careciendo de grandeza; el escepticismo se evita, evitando la creen-

cia; por no tener un Queronea, se renuncia á un Salamina. ¡Gentes, diréis, dignas de eterna envidia, con cinco mil años de vida! Cierto; pero dudamos que durante esos millares de años hayan realmente vivido un solo día.

De este modo la extrema Asia, bajo el hechizamiento de sus mágicos, hase detenido desde sus primeros pasos en el recinto de la sociedad civil, rechazando el porvenir lejos de sí como un don funesto. La humanidad, deslumbrada ante el esplendor de la creación, cierra los ojos y se aísla del mundo real. Apenas ha vislumbrado el universo, se apresura á abandonarlo. Los hombres se hallan hartos del tiempo, y sin embargo, apenas pueden recordar otra cosa que su antiguo sueño en el seno del Eterno.

Cristos precursores, Buda, Fo-hi, Lao-tseo, nacen de vírgenes desconocidas en los Belenes del Alta Asia. La Naturaleza, madre inmaculada, los alimenta con su leche, los mece en el seno de los sosegados océanos, y el murmullo de las selvas impenetrables es el cántico de la Madona de este cristianismo primitivo.

No se sabe qué escribas divinos escriben sobre la corteza de los bambús los evangelios del caos. Á la revelación de las cosas sucede la revelación de los libros; los pueblos se reparten sus páginas, las deletrean, y el Asia en sus dos extremidades proclama el mismo dogma. Los mares de la Ocea-nía balbucean la palabra que más tarde resonará

en el lago de Tiberiades; la flor de la Judea tiene sus raíces en los edenés del Alto Oriente; todo se encuentra en germen en la profecía pagana, excepto la cruz del Gólgota.

¿Dónde buscaros, edén, paraíso, edad de oro, si no estáis en nosotros mismos? Voces secretas nos llaman, unas hacia el pasado, otras hacia el porvenir. ¿Á cuáles seguir? Hemos logrado contemplar nuestra cuna, aun conmovida por el eco de los himnos de los primeros hombres. ¿Pretendéis que volvamos á ella?

Si este lamento fuese un día escuchado, si el alma pudiese, en efecto, volver á su punto de partida, ¡cuán cambiada encontraría su antigua morada! Pisaría las flores del Edén y no sentiría sus perfumes; se recostaría en las sombras y no hallaría frescura; inclinarse hacia las fuentes y no se reconocería; probaría el fruto de la vida y no se vería satisfecha. Todo le parecería vacío, porque ausente el huésped celestial que entonces le servía de compañero, faltaría el milagro latente en cada cosa. ¿Qué le enseñarían las voces de los océanos, ocupado como está en atender á sus rumores interiores? El sol de los patriarcas no disiparía las sombras de su noche y sobre la cima de los montes contemplaría en vano elevarse el sol más brillante. El tedio, el disgusto roedor y la desesperación se apoderarían de ella, en vez de las esperadas felicidades, pues no habría para ella más horrible suplicio que el buscarse á sí misma en los senderos



del paraíso y no poder encontrarse. En medio entonces de la Naturaleza muda, llegaría á exclamar: «Partamos de aquí cuanto antes. No; nunca estos tristes lugares, estas estepas desiertas, estas riberas taciturnas, pudieron ser el Edén en que se me apareció el Dios de los primeros días.»

---